

ocultan y reaparecen á distancia, ó sin ruido se despeñan en oquedades y abras que la yerba disimula criminalmente; cavernas y grutas profundas, negras, llenas de zarzas, de misterio, de plantas de hojas disformes, heráldicas casi por su forma; simas muy hondas, hondísimas, en cuyas paredes laterales se adhieren y retuercen *cactus* fantásticos, y de cuyos fatidicos interiores, cuando á ellos se arroja una piedra que jamás toca el fondo verdegueante y florido, tienden el vuelo pájaros siniestros, corpulentos, que se remontan por los aires, muy alto, en amplias espirales lentas. Descúbrense hondonadas,—á las que puede arribarse á costa de ligeros rasguños,—que el agricultor ha transmutado en sementeras y que lucen milpas de maíz, cebadales, hasta algún trigal diminuto, de coquetas espigas corvas, balanceándose con elegante dejadez. Aquí y allí, magueyes; espiando á los barrancos y precipicios, *pirúes* frondosos atraen con su peligrosa sombra, la que,—se dice,—brinda á quien la goza, desde la jaqueca hasta la locura. Formando islotes, álzanse en promontorio hormigueros trabajadores, con un ir y venir de pequeños bichos bien perceptibles; y en las hendiduras de la toba volcánica, las biznagas, redondas, sanguinolentas, defendiendo con sus espinas el sabroso fruto. Por dondequiera, matorrales que desgarran la ropa; amenazas de que una víbora nos asalte ó una tarántula se nos prenda; y lo que es más lejos, algo peor: los gatos monteses y los tigres y la muerte... Por dondequiera, leyendas erráticas, historias de aparecidos y de almas en pena que salen á recorrer

esos dominios en cuanto la luz se mete. Por dondequiera, lugares encantadores, nombres populares: el *Nido de Gavilanes*, la *Fuente de los Amores*, *La Calavera*, *El Venado...* también un camino, es decir, una vereda que ensanchan las ruedas de las escasas y atrevidas carretas que por tales andurriales se aventuran con objeto de ganar San Angel en menos tiempo que por el camino real. Hacia Tizapán, una hacienda perdida en la soledad, y por los alrededores de la finca, partidas de vacas, hatos de carneros y de ovejas sin persona que se cuide de ellos, paciando tranquilos dentro de esa paz primitiva; caballos sueltos; yeguas escoltadas por sus juguetones potrillos que corcoveando se alejan á escape, para á poco tornar y morderlas y pegarse con brusquedades á la ubre semi-oculta; y perros de pastor, bravíos, que se abalanzan enfurecidos al que se aproxime á las bestias. En puntos determinados, un panorama hermosamente poético; al poniente, las cúpulas de azulejos del vetusto convento del Carmen, y al oriente, destacándose del resto de la serranía, el Ajusco, azul, de un azul blando de bahía profunda y en calma. Y en cuanto la vista abarca, un aspecto de mar petrificada, con ondulaciones, y flotando por sobre el colosal desierto de toba, la leyenda clásica y popular que asegura que en la región hánse perpetrado homicidios, impunes todavía; la que narra cómo, cuando nuestra Independencia, allí se ocultaban insurgentes; la que garantiza que allí se han sepultado ó convertido en polvo, yankees y franceses; la que, enseñándose, declara que aquello es el producto de una ciclópea erupción y que

se prolonga hasta el lejano puerto de Acapulco... ¡qué sé yo cuánto más!... un mundo de consejas y de verdades, un mundo de sucedidos y de sueños, que, al cabo de los tantos años, se han entremezclado y no es posible fallar á punto fijo dónde la verdad acaba y dónde la mentira empieza.

En la presa grande descalzábase Santa, las tardes en que Agustina habíale consentido el paseo; y con sus zapatos en la mano, sintiendo en los pies trigueños el cosquilleo del agua que sin pudores se los lamía mientras ella cruzaba el río por encima de las piedrazas enclavadas en su cauce con ese fin, llegaba á la opuesta banda con el aliento cortado por el remotísimo peligro corrido de pisar en falso y sacarse, á lo sumo, un chapuzón sin consecuencias. En los lindes del Pedregal deteníase acobardada de considerar su anchura y desolación; era muy lindo, ya lo creo que lo era, pero ¡qué solo, Dios mío! Y uno de esos atardeceres en que Santa, sin advertirlo, entraba en casta y meditativa comunión con la naturaleza, invadióla repentina melancolía, ansia de llorar para desahogar el pecho que se le oprimía. Rompió en llanto y al juntársele Cosme, de vuelta con sus animales, ni él ni ella atinaron con la causa de semejante tristeza.

—¿No será porque hayas hecho algo malo en tu casa y tengas miedo de que tu mamá te pegue?—inquirió Cosme apeándose del retinto y yendo á situarse al lado de Santa que lloraba recargada de espaldas en un árbol.—Porque á mí sí me sucede, me entristezco desde antes de que me zurren y me acometen ganas de cojer *pallá*

¿ves? hasta allá; con eso no vuelven á azotarme...

No era eso, nó; á Santa la querían y la mimaban todos los de su casa.

—Mi tristeza es una tristeza que me sale de mi cuerpo, del pecho...

—Ah!... ¿te sale de tu cuerpo?... pues quién sabe qué será... ¿no será *virgüela*?

Varios días la tristeza persistió, complicada de cansancio y de predisposición al llanto. Sin embargo, su madre y sus hermanos no eran sorprendidos; antes redoblaron cariño y mimos. Hasta que cierta madrugada, al despertarse Santa con la despedida de Fabián y Esteban, el enigma se aclaró...

—Madre!—dijo á Agustina en cuanto quedaron á solas,—yo debo estar muy grave; vea Ud. cómo me he desangrado anoche...

—Chist!—repuso la anciana, besándola en la frente,—esas cosas no se cuentan, sino que se callan y ocultan... ¡es que Dios te bendice y te hace mujer!!

Mujer y guapísima, más guapa conforme acababa de desarrollarse más.

Principió entonces para su madre y sus hermanos un período de cuidado excesivo por la reina de la casa; principiaron los viajes á México, la capital, para que ella la conociese y ellos la obsequiaran con el producto de risibles y muy calladas economías; principiaron los paseos dominicales á San Angel, á oír la banda militar que toca en el soportal del Cabildo, á ver la llegada de los tranvías metropolitanos repletos de personas decentes y deseosas de divertirse. Allá

se iban, carretera arriba; el "Coyote" á la descubierta, luego Fabián y Esteban, muy majos, el sombrero ancho y galoneado, ajustado pantalón y chaqueta negra, roja y flotante la corbata, albeando la camisa, como un espejo, en la cintura el ceñidor de seda, los zapatos nuevos, de amarillenta gamuza. Luego, Agustina y Santa; Agustina á la antigua usanza, la de su época: enagua de castor, botinas de raso turco, holgado el saco; pañuelo fino, de yerbas, abrigándole el cuello, prendido al pecho, y las puntas, en triángulo, cayéndole en la espalda; abierto el rebozo de "bolita" y oliente á membrillo, que es el perfume del cofre; en las orejas, gruesas arracadas de filigrana, y en los dedos de la mano que carga el paraguas de algodón, tumbagas de oro desgastado y opaco. Santa, sin otros atavíos que sus quince años, un vestido de muselina, de corpiño y algo corto para que luzcan los piecitos bien calzados, el rebozo terciado, trenzadas y libres las aterciopeladas crenchas negras, y en éstas, un clavel perdido.

Allá van, por la amplia calzada que conduce á San Angel, mirando á su derecha el bardal que por ahí limita la hacienda de Guadalupe, y á su izquierda, las fachadas de algunas quintas lujosas, de personas ricas, desde la "Casa de Sánz" hasta la antiquísima y aristocrática "Casa de Cumplido". Si aún es temprano, tiran á la plazuela de los Licenciados y en la de San Jacinto detiéndense al volver, bajo el follaje de los troenos ó de los fresnos, mezclados á las familias acomodadas que veranean en el pueblo á la moda; Esteban y Fabián aparte, apoyados en un

tronco, Agustina y Santa sentadas en un banco de hierro, el "Coyote" enroscado á sus pies, hombres y mujeres silenciosos, inmóviles, con ese encogimiento que se adueña de los humildes cuando se hallan con los pudientes en un mismo lugar. Si es tarde ya, redúcense á no pasar de la plazuela del Carmen; se refugian en el portal del Ayuntamiento, escuchan una pieza de música, compran golosinas que no osan comer en presencia de tanto extraño, y después que el ferrocarril del Valle,—á las siete en punto y relleno de pasajeros que gritan, se llaman y rien; los carruajes iluminados como si en su interior fuera á celebrarse una fiesta, parte rumbo á México con estruendo de edificio de vidrio que se viniese abajo, sembrando, en el camino que comienza á obscurecerse, ecos de canciones, de lloriqueo de niños, de risas de mujer y miles de chispas ebrias que en el espacio rondan y de improviso se abaten sobre los pajonales que bordean la vía,—la familia de Santa emprende el regreso.

Es la hora melancólica...

El campo crece y se ensancha desmesuradamente en el mar de sombra que lo inunda; los contornos de las cosas que nos rodean, agrándanse á nuestra vista, y en nuestra alma penetra mucho de la ambiente quietud,—también las penas se aquietan y aminoran,—en tanto que las nostalgias más recónditas, lo inconfesado que no ha de realizarse nunca, se yergue realizable y hacedero, allí, muy cerca, en esa propia sombra, confundiéndose con todo lo que huye y con todo lo que en ella zozobra. Un *angelus* de campanas pobres,—las pocas que le restan al secu-

larizado monasterio del Carmen,—ciérnese tan desmayadamente en la altura, que en nada perturba el devoto recogimiento de las cosas y la mística meditación de los espíritus...

Es la hora melancólica...

Prófugos de la realidad, Fabián y Esteban sueñan en alta voz un mismo sueño: conquistar la fábrica que, adormeciéndolos á modo de gigantesco vampiro, les chupa la libertad y la salud. En este instante, la solución del problema antójaseles sencillísima:

—“Verás,—se dicen y dibujan grandes líneas en la atmósfera,—verás, ahorrando tanto más cuanto, pues al cabo de un año, tendríamos...”

No se desaniman frente á lo exiguo de sus ahorros, una miseria si se comparan á la montaña de sacos de pesos que la fábrica ha de valer. Necesitarían toda una vida, las dos vidas suyas, la vida del villorrio entero en incesante trabajo y en incesante economía, para amasar una suma medianeja con que intentar la compra del monstruo insaciable y cruel, devorador de obreros, desde pequeños por él atraídos y utilizados, y á quienes desecha, cuando no muertos, estropeados ó ancianos, sin volver á recordarlos, como desecha los *detritus* industriales y las aguas sucias de sus calderas. No se desaniman Fabián y Esteban, resígnanse á continuar en su esclavitud mansa de bestias humanas que practican la honradez, y á fin de huir las malas tentaciones, aproxímanse á Agustina y á Santa. Por inveterada costumbre, Agustina va rezando, rezando maquinalmente un rosario trunco, evocado por el *angelus* que ya expiró entre estrellas y nu-

bes. El “Coyote”, gacha la cola y colgante la lengua, trota y desconfía, gruñe y se detiene de tiempo en tiempo olfateando las sombras. Santa suspira, anhela, espera... ¿qué? lo que las muchachas anhelan y esperan á los quince años: amantes de espada de oro y capa de rayos de luna; besos que no sean pecado; caricias castas; pasiones infinitas; hadas y magos...

Es la hora melancólica!

Nadie en Chimalistac se preocupó mayormente con el cambio de destacamento de San Angel. Súpose que en lugar de los “rurales” habian enviado á los de la Gendarmería Municipal de á caballo, y los villanos se alzaron de hombros; echarian de menos, á todo rigor, las “chaparreas” y chaquetas de cuero de aquéllos,—indumentaria más al alcance de su comprensividad que los arreos á la europea de éstos.—Por lo demás y si el viento soplaba de arriba, siguieron escuchando una corneta que sonaba igual á la de los idos; las lavanderas del río siguieron mirando, dos veces á la semana, el baño de los encanijados bridones en la presa chica; y en la tienda de don Samuel, en la pulquería de don Próspero, siguieron fiando con escasas probabilidades de reintegro, copas de tequila y “tecomates” de pulque á los valientes veladores de la seguridad comunal.

Sólo Santa,—con dos primaveras más á cuestas,—á poco de la llegada de los gendarmes, opinaba de diversa manera. No eran como los “rurales”, ¡qué habian de ser! eran muy distintos, el alférez particularmente. Era en efecto el tal

apuesto mozo; ancho de espaldas y levantado de pecho; dulce en el mirar y fácil en el reír, con lo que el castaño bozo se le encaramaba á los morenos carrillos, y la dentadura, blanca, apretada y pareja, reluciale cual si de esmalte estuviese hecha; fuerte y joven; alto á pie y airoso cuando cabalgaba en su irascible moro; siempre de uniforme y el uniforme siempre limpisimo, el kepí ligeramente hácia atrás, dándole aires de espadachín y mujeriego.

Conociéronse cierta tarde, á la entrada del Pedregal, de donde el alférez salía escoltado de unos dragones, y á donde dirigíase Santa en busca de Cosme, después de haber cruzado el río descalza, por sobre los pedruzcos que sirven de puente. Convencida de que no la sorprenderían sentóse en el vivo suelo á enjugarse y calzarse los desnudos pies; y como la pícara arena sofocase las pisadas de los caballos de los militares, cuando Santa advirtió que la miraban, habíanla mirado ya, demasiadamente. Y que el espectáculo valía la pena, demostráronlo á las claras los turulatos que se pusieron los dragones y lo arrobado que se quedó el alférez.

—Permita Dios que mi corazón se vuelva de arena, para que Ud. lo pise!—declaró *rayando* su moro.

A partir de entonces comenzó el asedio, insistente de la parte del alférez, débil en resistencias por la de Santa, que no supo defenderse con las mismas energías que empleara al rechazar á Valentín, el compañero de fábrica de Fabián y Esteban que por ella se perecía, el trovador tímido que sólo acertaba á suspirar delante

de la amada. El alférez, en cambio, caminó de prisa; sobrabanle ardidés para tropezar con la chica y no le faltaban mañas para charlarle, en broma por supuesto, sonriendo bajo el bozo, sacudiéndose las botas con el látigo ó acariciando el pescuezo de su caballo, si lo que decía era de trascendencia. Santa, que á los principios mostrábase hosca y muda ó arrancaba á esconderse en su vivienda, con objeto de no dar oídas al galanteador, fué ablandándose poco á poco; ya reconocía á distancia los andares del *moro*; ya se detenía frente al espejo más de lo que habia acostumbrado detenerse; ya se sentaba á la vera del Arenal,—la ancha calle que á San Angel lleva,—por el que tarde á tarde y sin escolta descendía el gallardo municipal. Como de rigor, ni su madre ni sus hermanos advirtieron mudanza tanta; y la muchacha, mariposa del campo, no pudo substraerse á la flama que le fingia el vicioso y descuidado mancebo, quien, á su vez ardía en deseos de morder aquella fruta tan en sazón que no perseguía por amor, sino porque creía tenerla al alcance de su ociosa juventud, de su dentadura de buen mozo que hoy vive aquí y mañana allí, con su poquito de autoridad, gracias á los galones y á la espada, sin importarle cosa mayor derrumbar un cercado ó trocar en lágrimas de desesperanza los apasionados besos con que le dieron la bienvenida... ¿qué remedio? él no creó el mundo ni las penas, es un ignorante, un irresponsable, un macho común y corriente que se proporciona un placer de amores donde le cuesta menos y le sabe más; es uno de tantos que no se angustian por averiguar quiénes

fueron sus padres ni quiénes son sus hijos; un engendrador inconsciente que no sabe reparar los desfloramientos de las doncellas campesinas que se le entregan, ni los descosidos que en ocasiones le afean su uniforme de guardia trashumante.

De ahí que cuando Santa, en sus pláticas diarias y diz que casuales con él, le espetó muy seria que se dirigiese á Agustina, Marcelino Beltrán, el alférez, se echara á reír con su franca y desvergonzada risa de veintidós años, le acariciara la barba á su novia, y de un latigazo, rompiera el tallo de unas flores que en nada se metían:

—¿Y para qué he de decirle algo á tu madre si á tí te lo he dicho todo?...

Todo, en verdad, habíaselo dicho á Santa; las palabras inocentes y cándidas con las que es de ley que comiencen los amores, y las quemantes que vienen luego y apenas se murmuran, enlazadas las manos, muy cerca los rostros, los ojos en los ojos, secos los labios, el ánimo desfallecido y cobarde.

De común acuerdo tácito, conformé Santa columbraba á Marcelino bajando el Arenal, ella internábase por los "callejones" de la aldea, y sin delatarse ante los conocidos que la saludaban, escogía el camino más largo pero menos frecuentado, y no paraba hasta la frontera del Pedregal. Reuniábase el alférez, y juntos ya, volviendo la cara á cada minuto para no ser sorprendidos, hundíanse Pedregal adentro. Claro, ni quien los fiscalizara en las soledades esas,— que no eran fiscales los pájaros que volaban al

aproximárseles la pareja, ni las ramas de los arbustos, ni los crispados brazos de los árboles que se secreteaban Dios sabe qué asuntos, en su mágico idioma druídico de roce de hojas y murmurar de copas. Por instinto de propia defensa, Santa no consentía acercamientos, se colocaba á sabia distancia que el taimado alférez respetó en las primeras entrevistas, cuando juraba por las Animas benditas que no lo guiaba torcida intención ni dañado apetito, cuando solamente repetía muy quedo la monótona, la vieja y dulce canción:

—Te quiero mucho, mi Santa, te quiero mucho, mucho... como nunca he querido y como nunca volveré á querer...

No le contestaba Santa, ¿con qué había de contestarle si la sangre se le iba hondo, el corazón pugnaba por salirsele y la voz, amotinada en la garganta, caso de brotar, habríale brotado metamorfoseada en sollozos de dicha? Lo que hacía era cerrar los ojos, para atajar el vértigo, y respirar de prisa, de prisa, para no sofocarse. Si le hubiera contestado, hubiese sido para rogarle que continuara diciéndole eso que le decía, la mentira secular que todas las mujeres y todos los hombres creen y prometen, la milenaria quimera de que la fidelidad y el amor sean eternos!

Fué el Pedregal un cómplice discreto y lenón, con sus escondrijos y recodos inmejorables para un trance cualquiera, por apurado que fuese, á diferencia de la tapia de "Posadas" ó de los sótos de la hacienda de Guadalupe ó de los contornos de "Portales", donde el tranvía de Churubusco, la malicia de un caminante, cualquier

pequeñez impensada podía descubrirlos. Y en el Pedregal acaeció el lento abandono de Santa, que dejó que le apretaran una mano; luego, que le ciñeran la cintura; luego, que Marcelino se le acostara en el regazo, "con objeto,—afirmaba el tuno,—de contemplarla á sus anchas"; y por último, dejando que le besara las manos,—las manos nada más!—después el cuello, con un besar suave y diabólico, rozando la piel; después la boca, en los mismísimos labios entreabiertos y húmedos de la doncella, que se estremeció de voluptuosidad y trató de escapar, temblorosa, implorante.

—Suéltame, Marcelino, suéltame por Dios Santo... ¡que me muero!...

Sin responderle y sin cesar de besarla, Marcelino desfloró á Santa en una encantadora hondonada que los escondía. Y Santa que lo adoraba, ahogó sus gritos,—los que arranca á una virgen el dejar de serlo; con el llanto que le resbalaba en silencio, con los suspiros que la vecindad del espasmo le procuraba, todavía besó á su inmolidor en amante pago de lo que la había hecho sufrir, y en idolátrico renunciamiento femenino, se le dió toda, sin reservas, en soberano holocausto primitivo; vibró con él, con él se sumergió en ignorado oceano de incomparable deleite, inmenso, único, que bien valía su sangre y su llanto y sus futuras desgracias, que sólo era de compararse á una muerte ideal y extraordinaria.

La catástrofe consumada, contempláronse mudos, jadeantes, sudorosos; Marcelino, confuso, se puso en pie; Santa, á medio sentar en el alfombrado suelo, segaba puñados de yerba que en

seguida desmenuzaba entre sus dedos trémulos. La tarde, apaciblemente, descendía. En el silencio majestuoso del despiadado desierto volcánico, oíanse de tiempo en tiempo y allá, lejísimos, vaya Ud. á saber dónde, una plañidera esquila de ganado, el afligido balar de alguna oveja extraviada y el incoloro canto de un niño—Cosme quizá, que regresaría contento con sus vacas, montado en el caballo de Fabián y Esteban...

—¿Nos iremos, te parece?—propuso Marcelino, para poner término á la embarazosa situación.

—¿Y en qué lugar quieres que yo me presente así?...—replicóle Santa muy conmovida, haciendo alusión á su virginidad asesinada.

Marcelino no entendía de esas exquisiteces ni de esos melindres, por lo que replicó airado:

—Supongo que á tu casa ¿ó pretendes que te lleve conmigo al cuartel?...

—Llévame á donde sea, allá tú, lo que es á mi casa yo no vuelvo.

—Santa, no disparates, vuelve á tu casa, y mañana, con más calma y más tiempo pensaremos lo que convenga; ven! Y por un brazo la levantó, la asió del talle y enderezó sus pasos á la salida del Pedregal, intentando consolarla, tranquilizarla especialmente; lo que les había acontecido no carecía de remedio.

—Ni á tu sombra le digas una palabra, que nadie se entere, y yo te ofrezco que en cuanto pueda, muy pronto, me casaré contigo, á lo pobre, porque pobre soy, pero eso sí, para hacerte feliz ¿oyes? lo que se llama feliz... ¿No me respondes; se te acabó ya el cariño?...

—¿Que se me ha acabado el cariño!... Mira, te